

El Haití que visitará el Papa

ARNOLD ANTONIN

Durante estos últimos cuatro meses, preparándose para recibir a la reunión de la Conferencia Episcopal Latinoamericana (CELAM) y al Papa, Juan Pablo II, el gobierno del Presidente Vitalicio Jean-Claude Duvalier ha tomado algunas medidas:

1. La primera ha sido el anuncio de elecciones municipales aún sin fecha, demostración de los propósitos democráticos del régimen de Puerto Príncipe. Pero al mismo tiempo, el nacimiento, el 31 de enero, del hijo de Jean-Claude, François Nicolás Jean-Claude II se presenta como posibilidad de una dictadura de 3a. generación.

François Duvalier, después de 15 años de poder absoluto, afianzado en la desaparición de 30.000 ciudadanos, antes de morir en abril de 1971, designó a su hijo Jean-Claude como presidente vitalicio hereditario a los 19 años. Actualmente la dinastía de los Duvalier cuenta con 26 años en el poder y como prueba de gran voluntad democrática prometió elecciones municipales.

2. La segunda medida ha sido pedir a los Obispos, a través del Ministro Jean-Robert Estimé, hacer callar a los 1475 sacerdotes y hermanos reunidos en la "Conferencia de los Religiosos de Haití", los cuales se solidarizan con las reivindicaciones del pueblo y hablan de derechos humanos en sus emisiones radiales, sobre todo Radio Soleil. Como advertencia, el 28 de diciembre es arrestado Gérard Duclerville, animador de una emisión, llamada "La misa de las 5 de la mañana". Este fue puesto en libertad el 6 de febrero, casi muerto a consecuencia de las torturas a las cuales fue sometido. La intención es que no se oigan voces disidentes, sobre todo provenientes del clero que los Duvalier pensaban haber totalmente domesticado desde el protocolo del 15 de agosto de 1966 entre el Vaticano y el Gobierno haitiano, a raíz del cual el presidente vitalicio de aquel entonces había designado 5 obispos, devotos a su persona. Sin embargo, estos religiosos no se dejan intimidar y proclamaron el 9 de febrero, día de oración para la liberación de Haití.

3. La tercer medida ha sido el barrer las calles de Puerto Príncipe de pordioseros y mendigos para que la verdadera corte de los milagros que constitu-

ye esta capital, ofrezca un espectáculo menos deprimente a los visitantes.

En estos últimos años, el drama del pueblo haitiano ha ocupado, varias veces, la primera plana de los medios de comunicación por la huida masiva de sus hijos (casi una quinta parte) hacia las costas de Florida donde a menudo llegaban sólo sus cuerpos sin vida y por el encierro de los sobrevivientes en campos de concentración en Estados Unidos.

Varios estudios de la Comisión de Derechos de la OEA, de las Naciones Unidas, del Lawyer's Committee for International Rights y de Amnistía Internacional, documentan con lujo de detalles las violaciones de los derechos humanos en este país. Marie-France Claude, hija del presidente del Partido Demócrata Cristiano Haitiano, exilada en Venezuela a mediados del mes de febrero, cuenta cómo fue arrestado y torturado su hijo de seis años y en qué estado vio llegar a la cárcel una niña de nueve años. Pero uno de los derechos más violados entre los derechos del hombre es el derecho a trabajar y a sobrevivir del hombre haitiano condenado a aumentar cada día el número de pordioseros y de muertos por inanición. Sin embargo, Jean Claude Duvalier ha recibido 245 millones de dólares en ayuda alimentaria en estos años, de los Estados Unidos.

LAS CONDICIONES DE VIDA DE LOS TRABAJADORES

Del 1 al 14 de septiembre de 1981, la ONU realizó una conferencia especial en París, sobre los países más pobres del mundo. Estos son treinta y uno y el único del mundo occidental es Haití. Son tres los criterios que definen este cuarto mundo: a) Ingreso per cápita inferior a 100 dólares de 1968. b) Producción industrial igual o inferior al 10 por ciento del PTB. c) Tasa de alfabetización inferior al 20 por ciento.

¿Cuál será la suerte de los trabajadores en un país de este cuarto mundo?

Algunos datos sobre la situación social de Haití son bastante elocuentes. Hay un médico por cada 30.000 habitantes en el campo. Los analfabetas son 85 por ciento de la población. La mortalidad infantil alcanza los 170 por mil y la esperanza de vida llega ape-

nas a los 50 años.

Según datos oficiales del Plan Quinquenal 1981-1986 del Ministerio del Plan mismo, mientras que en 1976 se estimaba que el 48,27 por ciento de la población tenía un ingreso inferior al límite admisible de pobreza, esta proporción alcanza un 68,9 por ciento en 1980. Durante estos últimos cinco años, el ingreso medio por habitantes ha disminuido en 1,4 pasando de 962 gourdes anuales a 949. Nada cambió a nivel de los ingresos: 40 por ciento de la población recibe menos del 15 por ciento del ingreso.

El consumo diario de calorías per cápita es de 1900, siendo lo normalmente aceptado 2.375.

La tasa de desempleo global se evalúa alrededor del 50 por ciento.

Haití, es un país cuya población rural asciende a un 75 por ciento. Según publicación del Centro Nacional de la Investigación Científica (CNRS), de París, un tercio de la población activa (3 millones de habitantes), está constituido por campesinos sin tierras. El citado estudio subraya, junto al desempleo, otro gran drama colateral: el subempleo. Dice textualmente: "...Hay quienes consiguen trabajo algunas horas en la mañana y en la tarde ya se encuentran sin empleo nuevamente. Hay quienes logran emplearse sólo temporalmente en los trabajos agrícolas o en oficios menores relacionados con el turismo. En una jornada de trabajo agrícola se gana de 2 a 3 gourdes (40 a 60 céntimos de dólar), mucho menos que el salario mínimo fijado alrededor de \$1.70 por día. Así mismo, las prácticas de empleo en ese sector no cumplen con los imperativos de protección social y moral de la población. Los niños y las niñas trabajan desde los 7 años. Se explota sexualmente a las mujeres, sobre todo en el sector doméstico".

En realidad, los campesinos pobres sin tierra o con muy poca (una hectárea o menos) están sometidos a la super explotación más brutal mediante la práctica de rentas en trabajo (corvée), en especie y otras prácticas feudales que van hasta el castigo corporal por parte de los terratenientes, las autoridades civiles y militares y algunos sacerdotes del vudú.

Durante los últimos años del go-

bierno de Jean Claude, el proceso de expropiación de sus tierras, por parte de una nueva burguesía agro-industrial, ha obligado a muchos de ellos a huir del campo para tratar de refugiarse en el extranjero o en los suburbios de la capital cuando no encuentran trabajo en las empresas extranjeras como obreros. Los campesinos de la zona de Verrettes acabaron de lanzar a finales del 81, un llamado a todos los hombres de buena voluntad para que los ayuden a salvar 3.400 hectáreas de tierra indispensable para la sobrevivencia que quieren expropiarles para construir un dique que proporcione electricidad a las empresas transnacionales de la capital.

El código de trabajo François Duvalier consagra en sus artículos 471 y 324, el trabajo servil y la medianería y fija el horario del trabajo doméstico en 14 horas diarias sin día de descanso.

Junto a este proletariado y semi-proletariado rural, existe una clase obrera industrial que representa el 14 por ciento de la población activa y menos del 2 por ciento de la población total.

La suerte de los trabajadores urbanos no es mucho mejor que la de los demás. En lo que se podría llamar las grandes fábricas —3 ingenios azucareros, la industria de extracción de bauxita, una tabacalera, dos textileras y una fábrica de cemento— y en las medianas y pequeñas industrias —que son unas 4.900, según el BID, con 1.400 en Puerto Príncipe de las cuales 490 tienen entre 5 y 50 trabajadores, el resto menos— dominan relaciones de trabajo casi siempre parecidas a las relaciones serviles del campo. Lo mismo puede decirse para las 200 empresas de ensamblaje norteamericanas.

A propósito de estas últimas, que ocupan a unos 40.000 trabajadores, hay

que recordar, como lo afirman todas las publicaciones del gobierno, que las principales razones que las atraen hacia Haití son, en primer lugar, que se trata de los salarios más bajos del mundo y un lugar donde el sistema no permite ninguna reivindicación por parte de los obreros.

La dictadura duvalierista se encontró en la obligación de reglamentar las relaciones de trabajo a través del código François Duvalier y el Departamento de Trabajo y del Bienestar Social, encargado de hacer respetar las disposiciones de este código. Sin embargo, ningún artículo de este código se respeta en la práctica.

El código prevé una escala móvil. A pesar de esto, el mismo salario mínimo, fijado actualmente a \$ 2.25, no se observa. En algunas ocasiones se paga a destajo, lo que permite una reducción del salario al exigir un número mínimo diario de piezas tan alto, que no permite al obrero alcanzarlo. A esto se agrega el trabajo a domicilio que permite también una extensión del horario de trabajo casi ilimitada.

Estrechamente relacionado al problema del salario está el del horario.

El código de trabajo, en su artículo 98, lo fija en 8 horas diarias, pero en la práctica llega a las 10 y 12 horas sin pagar las horas extras. La semana de trabajo es de 6 días y, a menudo, de 7 días.

El mismo código prevé un permiso pagado por maternidad, el cual no se cumplió.

Dada la gran cantidad de desempleados, no existe ninguna seguridad en el trabajo, en particular para las mujeres, las cuales constituyen la mayoría de los trabajadores empleados por las compañías transnacionales.

El código de trabajo prevé una bonificación anual de un mes, la cual no es otorgada por ninguna empresa.

Si los derechos económicos más elementales del obrero se violan de esta manera, obviamente, no les es reconocido ningún derecho de asociación o sindical. Los sindicatos existentes son totalmente controlados por los hombres del gobierno y cuando en el mes de mayo de 1976 se empieza una huelga en la compañía "Ciment d'Haiti" (con capital principalmente francés del grupo Lambert), se asesina con un alambre al periodista Gasner Raymond de 23 años, por hacer un reportaje sobre la misma.

Pero aún así, los trabajadores jamás han cesado de luchar por la defensa de sus derechos y por la libertad democrática del país.

Se puede decir que en todos los años de la dinastía de los Duvalier, ha habido huelgas y luchas de los obreros silenciadas por el control del gobierno sobre los medios de comunicación. En los últimos años de la dictadura de Jean Claude entraron en huelga los choferes de la Compañía de Transporte, los obreros de la azucarera Dessalines, los obreros del Parque Industrial, los de la Ciment d'Haiti, los de la "Habitación Leclerc", los de la "Rawling Co.", de la "HASCO", de la "Richard Coles, de la Raymond Concrete Pile", de la "Reynold's Mining", de la "Eduard Baker" y de la "Mews" entre otras.

En diciembre de 1979 Yves Richard trató de montar una organización sindical "Central Autónoma de los Trabajadores". En el mes de noviembre de 1980, Jean Claude Duvalier expulsó a Yves Richard y arrestó a numerosos trabajadores miembros de ese sindicato y otros independientes, los cuales se encuentran aún en prisión.

Hoy, el pueblo trabajador de Haití vive en la negación total de sus más elementales derechos económicos, políticos, sindicales y sociales. Sin embargo, está dispuesto, y lo ha demostrado, a luchar por la defensa de sus derechos.

Pareciera que gran parte del clero haitiano se hubiera dado cuenta de eso y se hubiera puesto al lado de su pueblo.

A principios de enero, Thomas Enders, enviado del presidente Reagan, firmó un comunicado común con el Ministro de Relaciones Exteriores de Duvalier, donde declaran su decisión de combatir el terrorismo. El pueblo y la Iglesia de base en Haití saben que los únicos terroristas son los tontonmacoutes y sus jefes, que encontrará el Papa.

